

## Re-existencias entre las ruinas de la ciudad fósil. Espectros del paisaje agroalimentario y la disputa por los sentidos del mundo en el Sur global

Nicolás Pradilla

Centro de diseño, cine y televisión ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/revi.104640>

Recibido: 26 de febrero de 2026 • Aceptado: 1 de junio de 2026

**ES Resumen:** El ensayo explora el lugar que ocupa en el imaginario colectivo la vegetación arvense que crece en el entorno urbano de la Ciudad de México. Frente a la crisis de sensibilidad provocada por la modernidad industrial, propone reorientar la mirada sobre los entramados bioculturales de lo vegetal como un espacio de disputa central. A partir del enfoque de las epistemologías del sur, examina la invisibilización de la vegetación que prolifera en banquetas y baldíos urbanos, la cual se propone como un índice del racismo epistémico que regula nuestras relaciones con el territorio, las tradiciones alimentarias y las formas de conocer. Su aporte consiste en reconocer estas materialidades invisibilizadas y sugerir cómo, al confrontarlas mediante una política de la atención, es posible abrir tramas bioculturales que desbordan la autonomía alimentaria y contribuyen a reconfigurar lo sensible.

**Palabras clave:** *cultura visual, decolonialidad, ecología política posthumanista, justicia epistémica, quelites.*

## ENG Re-Existences amid the Ruins of the Fossil City: Specters of Agri-Food Landscapes and Struggles over World-Making Meanings in the Global South

**Abstract:** The essay explores the place occupied in the collective imagination by the weeds that grow in the urban environment of Mexico City. Faced with the crisis of sensory perception caused by industrial modernity, proposes reorienting our gaze toward the biocultural networks of vegetation as a central arena of struggle. On the basis of an approach to epistemologies of the south, it examines the unseen vegetation that proliferates on sidewalks and urban wastelands, which is proposed as an index of the epistemic racism that regulates our relationships with the territory, food traditions, and ways of knowing. Its contribution consists of recognizing these invisible materialities and suggesting how, by confronting them through a policy of attention, is possible to open up biocultural frameworks that go beyond food autonomy and contribute to reconfiguring the sensible.

**Keywords:** *visual culture, decoloniality, post-human political ecology, epistemic justice, quelites.*

**Sumario:** Imaginarios fósiles y líneas abismales. Paisaje y colonialidad de la mirada. Bajo los adoquines, el bosque. Conclusiones. Referencias.

**Como citar:** Pradilla, N. (2026). Re-existencias entre las ruinas de la ciudad fósil. Espectros del paisaje agroalimentario y la disputa por los sentidos del mundo en el Sur global. *Re-visiones* 16(1), e104640.

### Imaginarios fósiles y líneas abismales

El imaginario colectivo como espacio de disputa es determinante en la construcción de sentidos y valoraciones del mundo en el contexto de la crisis multifactorial antropogénica. Este es un lugar central para interrogarnos acerca de aquello visible o perceptible y, sobre todo, aquello que no lo es. La crisis de la sensibilidad que la modernidad industrial ha propiciado en gran parte del orbe está impulsada por economías de enclave, desarrollo desigual y periferalización —lógicas coloniales que continúan transformando el sensorium de los sures. Este ordenamiento de lo sensible y de la imagen del mundo ha determinado, así mismo, lógicas diferenciadas de construcción territorial y estéticas del habitar. El presente ensayo busca aportar algunas notas

acerca de aquello que, pese a estar ahí, no vemos: *lo no visto* (Ferdinand 2022; Mirzoeff 2006; Mitchell 2002; Sousa Santos 2009). En este caso se trata de aquello que queda por debajo de la línea de percepción y, no obstante, conforma el entramado vegetal que acecha en las banquetas y baldíos de las ciudades. Las violencias cognoscitivas alrededor de los agroecosistemas fueron instaladas desde el siglo XVI en los albores de la colonización europea de las regiones que hoy conocemos como Latinoamérica y el Caribe. La aceleración fósil y la industrialización de las cadenas de alimentos las han exacerbado en las últimas décadas.



Fig. 1. Chichicastles mansos (*Wigandia urens*) crecen en un antiguo estacionamiento. Alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México 2022.

Los imaginarios culturales son, sin duda, agentes activos de transformación socioecológica (Vindel 2023, 11). En el Noroccidente, estos se encuentran sometidos a una lógica industrial y, por ende, son altamente dependientes de la explotación territorial, la intensificación de los ritmos productivos y de las formas indosciables de dominación, despojo humano y más-que-humano que se basan en las desigualdades persistentes y las jerarquías raciales, económicas y culturales que rigen la vida cotidiana como un marco estructural al que Malcolm Ferdinand (2022) llama la doble fractura colonial. Esta separación histórica produce distinciones visibles e invisibles en las cuales una parte desaparece como realidad y es producida como no-existente. En este contexto, las representaciones colectivas de lo sensible y lo deseable se han acoplado a la economía financiera, despojando ontológicamente a lo viviente con el fin de reducirlo a objeto o recurso de producción (Kazic 2024, 95). Estas imágenes del mundo exigen un flujo constante de novedades, eventos e información y demandan permanentemente de la renovación de su base material. Utilizamos vehículos, herramientas y dispositivos de corta vida útil cuya fabricación requiere instrumentalizar lo viviente como insumo y acaparan nuestra atención y deseos. En ese sentido, la industrialización de la cultura y las subjetividades supone un proceso de erosión territorial y de la sensibilidad que se sostiene en la deslocalización, la uniformización de lo social y el empobrecimiento de la comprensión del mundo y de las formas de conocerlo y vivirlo (Boumediene 2024). El avance de la urbanización en todo el mundo, que en el continente americano ocupa alrededor del 82% y sigue en aumento (Naciones Unidas 2018), es un reflejo de estas trazas moderno-coloniales de acumulación capitalista (Harvey 2013).

Pensar en formas de sortear el colapso más allá del rasero del desarrollo, exige poner al centro las formas en que la doble fractura colonial y ambiental han moldeado las urbes de los sures. Si todas las formas de

conocimiento y de aprehensión sensible mantienen prácticas y constituyen sujetos, la forma en que se produce el paisaje contemporáneo y su matriz visual en Latinoamérica posee características que habrá que entender a la luz de la persistencia de una estructura colonial del poder (Quijano 1992), sus economías de enclave —de base extractiva y en función de las economías centrales— y la consiguiente periferalización de los daños, producto de los disturbios socioecológicos y sus efectos diferenciados (Cardoso y Faletto 1969, 48; Medina García 2017) en vidas humanas y no humanas históricamente excluidas, cuyos territorios se han exteriorizado y producido como zonas de sacrificio (Lerner 2010).

La configuración espacial de los enclaves extractivos, particularmente las grandes urbes latinoamericanas, está sometida actualmente a modelos de especulación financiera y acaparamiento inmobiliario que afecta, con procesos singularizados y complejos, tanto al campo como a las ciudades. Estas últimas enfrentan un problema de atomización del espacio urbano en medio de su sobrepoblación y una constante ampliación de la distancia entre las fuentes de suministro agrícola y los puntos de abastecimiento. Dichas transformaciones en aras de la acumulación de riqueza provocan el desplazamiento poblacional, el incremento desregulado de la renta así como otras afectaciones sociales y ambientales (Vázquez Duplat 2017). Frente a tales condiciones, ciudades como la capital mexicana se convierten en espacios altamente vulnerables y en virtuales desiertos alimentarios. La Ciudad de México enfrenta una crisis hídrica inminente (Comisión Nacional del Agua s.f.; Muñoz Villareal 2024) y un riesgo latente de desabastecimiento de productos frescos. Algunos factores que azuzan esta amenaza son el alza de precios de la canasta básica, la sequía, el incremento de temperaturas, huracanes, la lluvia excesiva e inundaciones, el cambio de usos de suelo en el periurbano, así como el acaparamiento corporativo de las redes de suministros y los conflictos sociales derivados (Moreno Gaytán 2022, 26).

La erosión del entramado social acompañada por la crisis de la aceleración fósil y la necesaria ruta hacia el descenso energético en el contexto de urbes como esta exigen imaginarios localizados de construcción de autonomías alimentarias y de la vida en su conjunto. Este entramado de violencias que exacerban la desigualdad, el desplazamiento y una inminente crisis agroalimentaria urge a procesos de reterritorialización plurales y a la defensa de modos de existencia divergentes del horizonte del desarrollo. Dicho de otro modo, es necesario idear otras formas de habitar una ciudad a la cual los capitales asumen como enclave extractivo. En ese sentido, este ensayo alude a imágenes que resisten a los embates de la especulación y sostienen patrones cognitivos y vivires que permiten dislocar la mirada, que resisten y apuntan a la existencia de imaginarios propios, que re-existen (Porto-Gonçalves 2009, 131) en las inminentes ruinas de la ciudad fósil. Las redes de relaciones entre vegetación arvense y personas que las procuran, protegen y utilizan, re-existen a las lógicas que amenazan con extinguirlas. Re-existen porque resisten y sostienen historias y tramas bioculturales que tienen larga data y persisten aún en entornos urbanos. En todo el continente, al norte y al sur, persiste una gran diversidad de longevas historias agroalimentarias asociadas a especies, técnicas e imágenes del mundo que forman parte de aquellos entramados invisibilizados que, no obstante, están ahí, como son, por nombrar algunas, la milpa tradicional, el cultivo en chinampas y sistemas agroforestales complejos como las terrazas, el t'elom, el kuojtakiloyan o los jardines forestales mayas (Moreno Calles, Casas, Toledo y Vallejo Ramos 2016; Nigh y Ford 2019).

### **Paisaje y colonialidad de la mirada**

Los hidrocarburos naturalizan las hegemonías culturales de los imaginarios fósiles, aplanan y fragmentan el territorio, devoran kilómetros cuadrados del espacio social y reiteran la distancia que las tecnologías coloniales de la mirada (Barriandos 2011) han fijado en el imaginario moderno del paisaje. La distancia que el excedente de energía permite entre algunos cuerpos y el territorio, normaliza a este último como no-naturaleza. De tal modo, deviene en un conjunto estetizado y enmarcado, de aquello que, por tanto, ya no es el entramado relacional que los ecosistemas implican, para convertirse en un “objeto” observado y reconocido por ciertas cualidades de conjunto (Simmel 2013, 8-9). Esto supone un recorte, una tecnología de la mirada basada en la distancia infranqueable de la otredad (Haraway 1995; Said 2000). Como óptica y modelo de pensamiento, el paisaje establece una distancia física y epistémica que se asocia al reconocimiento y control técnico de las geografías de la instrumentalización del mundo como recurso. Esto naturaliza el racismo medioambiental y el extractivismo como lógica, perpetuando relaciones siconaturales coloniales. Nuestra dependencia de los hidrocarburos —dice Jaime Vindel—, “está inscrita estéticamente (esto es, de modo sensible) en lo que nuestros cuerpos hacen e imaginan.” (2020, 69). La idea de un paisaje construido —como en la planeación urbana, la arquitectura o la arquitectura del paisaje— tiene un anclaje central en la cultura visual, los diseños y el arte (Kaewen Dang 2021, 1). Esta influye particularmente en la producción y reproducción del entramado sensible de la cotidianidad y el deseo, que opera como una geopolítica espacializada del sentir, del pensar, hacer y crear (Mignolo 2019, 21). Como geopolítica, estos modos de relación con el territorio obedecen a sentidos configurados hegemoníicamente desde los polos de mayor consumo energético. No obstante, se despliegan más allá de estos de manera diferenciada sobre una base de mayor inequidad y perturbación socioterritorial.

El paisaje, como tradición pictórica, categoría arquitectónica y recorte epistémico, es una tecnología de la matriz colonial de la mirada (Barriandos 2011). Discierne entre aquello ontológicamente “fuera” y un

“adentro” cultural. Esta relación binaria se amalgama con la establecida por la separación entre naturaleza y cultura, en donde, no obstante, hay unas “naturalezas” más cercanas a la cultura —dados ciertos marcos de valoración— y otras que quedan del otro lado de la línea, en el territorio ininteligible de lo salvaje. El entramado del que estas dos relaciones coloniales etnocéntricas y antropocéntricas da cuenta, nos permite leer una compleja y sinuosa cartografía de lo más-que-humano, una fractura que deja del otro lado de la línea a una gran variedad de especies vegetales que desaparecen en las sendas de una colonialidad del saber y la mirada marcada por un sesgo especista de valoración y homogenización que habrá que poner en crisis en lo venidero (Ferdinand 2022, 5). Así, lo domesticado y lo “salvaje” se suman en un recorte que no sólo discrimina entre, por ejemplo, especies vegetales comestibles de mayor o menor valor y *malas hierbas*, sino también entre plantas valoradas por sus atributos decorativos y malas hierbas, o jardines y montes ociosos. Las jerarquías de los sistemas taxonómicos coloniales han dejado históricamente fuera de la vista una gran cantidad de especies que, sin embargo han sido durante siglos ampliamente conocidas, estudiadas y utilizadas en las tradiciones cotidianas del continente por sistemas de conocimiento no eurocéntricos, así como instrumentalizadas por la industria farmacéutica, pero separadas de la cotidianidad de las personas que conviven con ellas, la mayoría de las veces sin saberlo.

La instrumentalidad de los modos de producción anclados al horizonte del desarrollo ha habilitado una mirada que separa a las plantas de las malas hierbas —la misma que ha producido negocios tan rentables como los herbicidas que alimentan la agroindustria o el mercado de patentes de organismos genéticamente modificados—, y relega al lugar de lo baldío, el *acahual*<sup>1</sup> o *la nada* a aquellos nichos pioneros de sucesión forestal que no reconocemos morfológicamente. Estamos en medio de la nada, solemos decir cuando nos encontramos sin señal de telefonía celular en algún paraje rural entre un montón de plantas de las cuales no reconocemos ya no solamente sus nombres, relaciones o usos, sino tampoco sus formas y colores. Ante nuestra mirada devienen un manto homogéneo y estereotípico, un desierto verde. El recorte epistémico que la noción de paisaje produce no sólo opera en términos visuales, sino en términos de aisthesis, de relación sensible y gnoseológica con el mundo.



Fig. 2 y 3. Hierbamora o chichiquelite (*Solanum nigrum*) en un cajete. Alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México 2025; Quelite cenizo (*Chenopodium album*) en una esquina. Alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México 2024.

A continuación, quiero aludir a algunas imágenes potentes que acechan desde jardineras, camellones y cajetes entre el tráfico incesante de la Ciudad de México, una megalópolis que parece implosionar. Estas tramas constituyen dispositivos emergentes —no obstante, históricamente conformados— frente a los patrones de poder que han determinado la manera en que los pueblos deben vivir, mirar, representarse y desear. Pueden constituir, a su vez, estrategias de atención para afrontar el borramiento y el racismo epistémico que desplaza conocimientos y formas de relación sensible en-el-mundo que potencialmente nos permiten mantenernos vivos, mantener lo vivo y defender la vida toda (Albán Achinte 2012, 290; Freire 2012; 125; Walsh 2017, 25).

<sup>1</sup> Acahual es el nombre que se le da al barbecho, los campos agrícolas abandonados o en proceso de sucesión forestal. También es el nombre con el que se conoce a la *Simsia amplexicaulis*, una hierba anual de hábito arvense y ruderal abundante en tierras altas y asociada con milpas y otros cultivos (CONABIO 2009).

## Bajo los adoquines, el bosque

El chichicastle manso (*Wigandia urens*) es un arbusto perenne de grandes hojas provistas de tricomas que llegan a ser urticantes. Es común encontrar esta especie, de amplia variación morfológica, entre la vegetación secundaria y en suelos perturbados desde México hasta Venezuela, como también en muros, terrenos baldíos, construcciones abandonadas o grietas en el pavimento de carreteras y grandes ciudades. Es una planta pionera con un importante rol en la sucesión ecológica, pues arraiga en condiciones de escasos nutrientes o carentes de materia orgánica. El sistema radicular del chichicastle manso forma suelos al penetrar, romper y generar vías para la infiltración de humedad, microorganismos y materia orgánica, incluso en entornos de gran intervención antropogénica, como las superficies técnicas de concreto (Cano Santana 1987; Cano Santana y Oyama 1994). Esto permite generar condiciones propicias para que esporas y semillas de otras especies se alojen y germinen, como también facilita la colonización del suelo por asociaciones de hongos y bacterias. A su vez, atrae a aves e insectos que buscan agua y alimento entre las grietas, bajo las hojas —principalmente en la temporada de lluvias— y alrededor de sus inflorescencias violáceas durante los meses de otoño e invierno (Cano Santana y Oyama 1994).



Fig. 4 y 5. Quintonil tropical (*Amaranthus palmeri*) a la orilla de un parque. Alcaldía Miguel Hidalgo, Ciudad de México 2023.  
 Quelite gigante o cenizo pinto (*Chenopodium giganteum*) en el Bosque de Chapultepec. Alcaldía Miguel Hidalgo, Ciudad de México 2022.

El chichicastle manso es una de las muchas plantas que, pese a tener una presencia generalizada en entornos urbanos, poco notamos y mucho menos identificamos. Junto con esta especie, se retraen de la mirada, entre muchas otras, quintoniles (*Amaranthus hybridus* L.), amaranto (*Amaranthus ssp.*), llantén (*Plantago major* L.), quelite cenizo (*Chenopodium album*), mozoquelite (*Bidens pilosa*), epazote (*Dysphania ambrosioides*), verdolagas (*Portulaca oleracea*), mostaza (*Sinapis juncea*), chichiquelite (*Solanum nigrum*), diente de león (*Taraxacum officinale*) o cerraja (*Sonchus oleraceus*), por dar cuenta de algunas de las cuales podemos encontrar al paso con sólo caminar por la cuadra en prácticamente cualquier rincón de la Ciudad de México. Entre las especies mencionadas se mezclan las nativas y las migrantes establecidas, es decir, aquellas como la mostaza, el llantén, la cerraja o el diente de león, cuyas semillas viajaron a esta región del mundo hospedadas entre plantas de valor comercial o enredadas en el cabello o la ropa de humanos y no humanos que arribaron a bordo de barcos mercantes —la mayoría de las veces forzados al trabajo esclavo. Los ejemplos mencionados coinciden en su carácter alimenticio y en muchos casos medicinal, así como en el hecho de que han sido radicalmente excluidas. Esta vegetación, otrora fundamental en la alimentación en toda la región, resulta prácticamente invisible ante nuestra mirada eurocentrada. Son espectros. No están nunca completas, les faltan fragmentos, así que no se muestran del todo. Carecen de los vínculos que las hacen tangibles (Derrida 2012, 12). Están ahí, pero no son visibles. Son una “cosa” difícil de nombrar, como alude Derrida a los espectros: “Es algo que justamente, no se sabe, y no se sabe si precisamente es, si existe, si responde a algún nombre y corresponde a alguna esencia” (2012, 20). Su carácter espectral está marcado por ser hierbas, baldío, suciedad: *lo no visto*. Habitar con esos espectros implica abrazar una política de la memoria transgeneracional, una red de relaciones bioculturales que se hace cada vez más urgente, que demanda re-vivirlos, habilitarlos, dejarnos asediar por ellos. Hay que hablar con los fantasmas (Derrida 2012, pp. 12, 17-18). Esto implica generar dispositivos de atención que descentren la mirada hacia lo vivo, particularmente hacia aquellas vidas con las cuales, por siglos, los pueblos de la región han establecido relaciones coconstituyentes.

En lengua náhuatl del altiplano, *quilitl* significa verdura o planta comestible y designa alrededor de 350 especies alimenticias y medicinales utilizadas en las tradiciones locales de distintas regiones y pueblos en México y Centroamérica (Lozada Aranda, Neyra, Linares y Bye 2020). Pese a su importancia alimentaria y cultural, el racismo epistémico y los modelos agroindustriales las han desplazado en el imaginario colectivo al lugar de malas hierbas —en los campos de cultivo suelen ser el principal objetivo de los herbicidas. Un ejemplo de esto es cómo, en cultivos comerciales, quintoniles o quelites cenizos suelen eliminarse para privilegiar a especies de valor comercial como la espinaca. Lo anterior, pese a que la mayoría de quelites —además de tener una red de relaciones coconstitutivas territorializadas con hongos, bacterias, insectos, herbívoros y personas— concentran mayores aportes alimenticios de proteína, hierro, calcio y fibra (CONABIO 2020). Aunque en entornos urbanos no les solemos prestar atención, y mucho menos participamos de manera activa en su propagación, estas especies se reproducen en grandes cantidades en los bordes o márgenes perturbados de la Ciudad de México como vegetación ruderal y arvense. Pese a su presencia persistente, resultan irreconocibles dentro del horizonte visible de la matriz estética colonial y los paisajes alimentarios que la violencia epistémica y las lógicas de acumulación han enmarcado en los entornos hiperantropizados. Si bien un reducido número de estas plantas suelen encontrarse a la venta en mercados populares o tianguis, su consumo urbano es muy limitado. A excepción de especies de temporada como los romeritos (*Suaeda edulis*) —empleados en platos tradicionales durante las fiestas decembrinas— son prácticamente inexistentes en cadenas de supermercados y somos incapaces de reconocerlas a pie de calle, de verlas, pese a estar ahí. La matriz estética colonial conforma un horizonte fragmentario cuyos entramados relacionales —altamente perturbados, como el suelo de los ecosistemas urbanos— tienen por punto de partida la instrumentalidad asimétrica de una geopolítica del saber que se ha validado como universal (Palermo 2010, 81) y que permea los relatos sobre lo valorable, lo deseable y lo vivible. El paisaje, como imaginario territorial perturbado, impone un recorte sobre aquello que merece la pena conocerse y verse.

Establecer diálogos con estos espectros implica re-vivir lógicas emergentes frente a la imposición de modos de vida, las cuales pueden trazar rutas alimentarias e imágenes del mundo más allá de la alienación persistente de la colonialidad del ver y los cercamientos de la industrialización de la imaginación. Habilitar las re-existencias de lo ruderal de la mano de lo humano, urde a contrapelo un frente ante paradigmas economicistas al apuntar a nociones colectivas del espacio basadas en la autoorganización y en posibilitar tramas educativas desescolarizadas en las ciudades (Delgado 2024). Hacerles visibles, re-vivirles y re-existir con estas especies radicalmente excluidas demanda su re-conocimiento, su reincorporación al lenguaje cotidiano y abrazar la potencia de transformación que esto implica. Para recurrir de nuevo a Derrida, habrá que abrazar el duelo y ontologizar los restos, hacerlos presentes, identificar los despojos y localizar a estos espectros con el propósito de nombrarles y escuchar su voz para abrazar la potencia de transformación al trabajar junto con ellos (Derrida 2012, 23) desde las condiciones del presente. Más que partir de una idealización del pasado campesino, desde la posibilidad de resistir junto con estos en la defensa de marcos ontoepistémicos divergentes del horizonte de la monocultura industrial. Al mismo tiempo, hacerles visibles exige reconocer la singularidad de los lugares de ese diálogo, de la experiencia y los vínculos desde los cuales hablamos con estos espectros: reconocer qué les gusta y qué nos gusta en relación. En ese sentido, esta apertura implica situar y conocer sus nombres locales —que son vastos en las distintas lenguas y tradiciones regionales—, usos alimenticios y medicinales o simbolismos históricamente asociados, así como reconocer sus nichos ecológicos y gradientes de manejo —reconocer su sitio y el nuestro en relación con el lugar. Es decir, territorializarnos junto con estas especies de modo que *habilitemos y revivamos el reconocimiento de sus entramados relacionales*, de los cuales formamos parte.

La autonomía alimentaria y los comunes cognitivos están a pie de calle en entornos urbanos como los de Ciudad de México. La curiosidad y el reconocimiento del propio territorio son fundamentales para hablar con los fantasmas. Transformar los imaginarios contra la elitización del conocimiento y la propiedad industrial dependen de la apropiación simbólica y del lenguaje en primer lugar, de las prácticas y el cultivo de relaciones en segundo término. Dependen también de reorientar la mirada y escuchar con curiosidad para imaginar. E imaginar es elaborar sentidos del mundo, formas de relación y rutas de estar con otros.

En las tradiciones regionales del altiplano central mexicano, los quelites tienen un gradiente o intensidad de manejo que abarca distintas formas de relación. Esto quiere decir que hay una variedad de formas de aprovechamiento de estas plantas comestibles que no siempre dependen del cultivo o la domesticación —distintas formas de estar con ellas. Entre éstas podemos considerar, en primer lugar, la recolección de plantas silvestres, no obstante, existen una diversidad de prácticas de manejo en ambientes antropizados que cuenta con un largo historial y está dirigida a mantener y estimular la reproducción de distintas especies. Por ejemplo, en regiones campesinas, se fomenta su protección mediante la eliminación de competidores y depredadores, la poda o aplicación de abonos, lo cual se suma al uso de estrategias diversas para aumentar la abundancia de variedades útiles como la propagación de esquejes o semillas, el cultivo o la plena domesticación (Bye 1981; Bye 1993; Casas, Caballero, Mapes y Zárate 1997). Lo anterior supone que una parte importante de estas plantas alimenticias y medicinales, históricamente no se siembra, sino que se recolecta y procura de distintas maneras en bosques, acahuals, milpas, traspatios o bordes de caminos en entornos rurales.

Invocar a estos espectros y las formas de conocer-con-ellos —las distintas formas de manejo que las tradiciones locales han establecido—, nos permite imaginar lo que la apertura a estos grados de intervención puede hacer en el contexto urbano. Si bien ya ocurren en gran medida por mediación de aves, mamíferos, insectos y algunas humanas que habitan las ciudades, la dispersión de semillas, esquejes o brotes bajo estas lógicas de manejo se abren a re-vivir los entramados relacionales como saberes bioculturales que se reproducen a pie de calle, sobre macetones o banquetas.

Aunque no es el propósito de este ensayo, baste nombrar que durante los últimos años, en la Ciudad de México y otras ciudades como Oaxaca de Juárez o Xalapa, se han conformado colectivas de estudiantes de biología y artistas, dedicadas a realizar recorridos interpretativos, jornadas de dispersión de semillas y materiales gráficos didácticos que buscan compartir imágenes y usos de muchas de las especies que crecen en banquetas y baldíos. Organizaciones y agentes como Chaponeros Lomas Estrella, Quelite de Ciudad, Nativas de las Calles, Cocina Laboratorio, Dupla Molcajete, Terreno Familiar o Emil Bautista (Paz y Heyn-Jones 2022; Maravilla, Macías, 2024; Mesa Jurado, Roldán Rueda, Pérez-Volkow et al 2024; Pradilla 2024), se han dedicado a realizar actividades públicas, intervenciones guerrilla, procesos de mediación territorial y repositorios en línea a través de redes sociales. Así han contribuido a generar interés por la vegetación que crece en entornos urbanos de la región. En muchos casos, estos procesos se han dado de la mano de movimientos de defensa inquilinaria contra el despojo, el incremento de precios de alquiler y alimentación, el desplazamiento social y el hostigamiento que la creciente turistificación de áreas centrales de ciudades como la capital del país o Oaxaca han visto en aumento desde la pandemia.

Estos esfuerzos permiten ver una urgencia de territorializar las luchas al interior de las ciudades, no solamente desde la base socioeconómica de la defensa inquilinaria, sino también de los modos de vida y los marcos epistémicos que resisten a la monocultura del capital extractivo. En este contexto es que se trata de una defensa por la vida toda, en sus relaciones y formas de conocer. La re-existencia entendida, pues, como la sobrevivencia en el presente —y en diálogo con los saberes históricamente localizados—, en las ruinas de un proyecto civilizatorio insostenible que busca el crecimiento permanente a costa de la diversidad de la vida.



Fig. 6. Colonización de Chichicastles mansos (*Wigandia urens*) y tabaquillo (*Nicotiana glauca*) en el terreno de una vivienda demolida. Alcaldía Miguel Hidalgo, Ciudad de México 2024.

## Conclusiones

El chichicastle manso es un símbolo, un índice y un mediador de la sucesión ecológica y de la presencia de quelites —que suelen ser también de las primeras especies en colonizar el territorio— en las ciudades de esta región. *Wigandia urens* es un agente político que devela aquello que hay debajo de los adoquines, del

asfalto y los miles de kilómetros cuadrados cubiertos de concreto. Podemos considerarla una especie pionera en una lógica colonial otra —la de la sucesión ecológica—, en donde este arbusto, como todas aquellas otras plantas que se mueven en progresión temporal hacia el bosque en las ciudades, constituyen cuerpos que, como espectros, son invisibles, ininteligibles sin su red de relaciones. En este sentido podemos pensar en una ecopolítica de las ausencias que —como propone Boaventura de Sousa Santos en su sociología de las ausencias (2009, 100)— tome como puntos de partida aquello borrado por la geopolítica del sentir, del pensar, del hacer y el crear. Una ecopolítica que promueva el desmantelamiento de la idea lineal y ascendente del desarrollo basado en la acumulación y, más que al futuro, apunte a la expansión del presente como espacio estratégico de intervención. Mirar a aquellas plantas que crecen en las banquetas implica insistir en esas ausencias, espectros, no-visibilitys, incognoscibilidades, como el espacio cosmopolítico de intervención, de observación y escucha para hacer inteligibles sus entramados vitales y disputar los regímenes de visibilidad de la biopolítica de inclusión jerarquizada (de la Cadena 2020) y binaria de la colonialidad fósil.

Las re-existencias entre las ruinas de imaginarios fósiles importados por esta geopolítica del deseo, ocurren en espacios comprimidos, extenuados y atomizados de disputa territorial. En estos espacios, entre las sinuosas líneas abismales cada vez más fragmentarias de los sures, se vuelve imperante hablar con los fantasmas y ontologizar sus restos, escuchar sus voces y trabajar con ellos. Para ello debemos traicionar la imposición del imaginario de la tabula rasa y de la monocultura agrícola noroccidental para abrazar el sentido agroforestal que está implícito en el sistema agroforestal de policultivo tradicional llamado milpa en gran parte de México y Centroamérica, como también en los gradientes de manejo de la agrobiodiversidad en gran parte del sur del continente. Podemos agitar la imaginación con todo lo que se conoce acerca de los jardines forestales mayas, los grados de antropización de la Amazonia e innumerables relaciones de interdependencia sucesional que están incorporados a las tradiciones agrícolas históricas en Latinoamérica (Moreno Calles, Casas, Toledo y Vallejo Ramos 2016; Levis, Moreira, Lins, et al., 2018; Nigh y Ford 2019; Tavares 2022). Desde ahí y desde los propios lugares en que vivimos, desde sus relaciones vitales y el diálogo con sus fantasmas, podemos imaginar presentes de autonomías relacionales.

Completar —aunque nunca estarán completos—, restituir los fragmentos y vínculos, hacer tangibles y visibles a estos espectros, defender una ecopolítica de la memoria territorializada, alumbrar caminos en el presente que incorporan y a su vez trascienden la autonomía alimentaria como imagen. Una imagen del mundo que no depende de asumir al territorio como una hoja en blanco, como una tabula rasa sobre la cual sembrar una huerta, sino un sotobosque con el cual dialogar, intervenir aquí y allá y levantar de a poco los fragmentos de concreto para contribuir en la regeneración de historias que caminan hacia el bosque. Revivirlos, habilitarlos y dejarnos asediar por estos espectros es una ruta hacia la restitución de los entramados que, como urdimbre de una cesta de tule, nos contienen junto con otros. Para ello, abrazar un sentido de la estética pluriversal de interdependencia radical (Escobar 2014a), es, tal vez, una forma de dejarnos afectar por los territorios que habitamos más allá de la homogénea masa antropogénica de la aceleración fósil, los relatos y formas de desear que ha sedimentado en los sures.

## Referencias

- Albán Achinte, Adolfo. 2012. “Estéticas de la re-existencia: ¿Lo político del arte?” En *Estéticas y opción decolonial*, editado por Walter Mignolo y Pedro Pablo Gómez. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Barriendos, Joaquín. 2011. “La colonialidad del ver. Hacia un nuevo diálogo visual interepistémico.” *Nómadas* 35 (octubre). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105122653002>.
- Bye, Robert. 1981. “Quelites: Ethnoecology of Edible Greens Past, Present, and Future.” *Journal of Ethnobiology* 1 (1): 109-123. <https://ethnobiology.org/sites/default/files/pdfs/JoE/1-1/Bye1981.pdf>.
- 1993. “The Role of Humans in the Diversification of Plants in México.” En *Biological Diversity in México: Origins and Distribution*, editado por T. P. Ramamoorthy, Robert Bye, Antonio Lot y John Fa, 707-731. Nueva York: Oxford University Press.
- Cano Santana, Zenon. 1987. “Ecología de la relación entre *Wigandia urens* (Hydrophyllaceae) y sus herbívoros en el pedregal de San Ángel, D.F. (México).” Tesis de licenciatura, Facultad de Ciencias, UNAM. <https://ru.dgb.unam.mx/items/6fe6393b-a2dd-4054-a3b3-01131ee86de3>.
- Cano Santana, Zenon, y Ken Oyama. 1994. “*Wigandia urens* (Hydrophyllaceae): un mosaico de recursos para sus insectos herbívoros.” *Acta Botánica Mexicana* 28 (septiembre): 29-39. <https://doi.org/10.21829/abm28.1994.715>.
- Cardoso, Fernando Henrique, y Enzo Faletto. 1969. *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI.
- Casas, Alejandro, J. Caballero, C. Mapes C., y S. Zárate. 1997. “Manejo de la vegetación, domesticación de plantas y origen de la agricultura en Mesoamérica.” *Boletín de la Sociedad Botánica de México* 61: 31-47. <http://dx.doi.org/10.17129/botsci.1537>.

- Comisión Nacional del Agua. s.f. *Programa hídrico regional 2021-2024. Región hidrológico administrativa XIII Aguas del Valle de México.*
- CONABIO. 2020. "Qué nos aportan los quelites". [https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/alimentos/que-nos-aportan/N\\_quelites](https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/alimentos/que-nos-aportan/N_quelites).
- De la Cadena, Marisol. 2020. "Cosmopolítica indígena en los Andes: reflexiones conceptuales más allá de la 'política'." *Tabula Rasa* 33: 273-311. <https://doi.org/10.25058/20112742.n33.10>.
- Delgado, Leto. 2024. Comunicación personal, 15 de agosto.
- Derrida, Jacques. 2012. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional.* Madrid: Trotta.
- Escobar, Arturo. 2014a. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia.* Medellín: Ediciones UNAULA.
- Ferdinand, Malcolm. 2022. *Decolonial Ecology. Thinking from the Caribbean World.* Medford: Polity Press.
- Freire, Paulo. 2012. *Pedagogía de la indignación. Cartas pedagógicas en un mundo revuelto.* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Haraway, Donna J. 1995. "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial." En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, 313-346. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Harvey, David. 2013. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana.* Madrid: Akal.
- Kaewen Dang, Tiffany. 2021. "Decolonizing Landscape." *Landscape Research* 46 (7). <https://doi.org/10.1080/01426397.2021.1935820>.
- Kazic, Dusan. 2024. *Cuando las plantas hacen lo que les da la gana. Concebir un mundo sin producción ni economía.* Buenos Aires: Cactus.
- Lerner, Steve. 2010. *Sacrifice Zones. The Front Lines of the Toxic Chemical Exposure in the United States.* Cambridge, MA: MIT Press.
- Levis, Caroline, Priscila A. Moreira, Juliana Lins, et al. 2018. "How People Domesticated Amazonian Forests." *Frontiers in Ecology and Evolution* 5 (enero). <https://doi.org/10.3389/fevo.2017.00171>.
- Lozada Aranda, Mahalet, Lucila Neyra, Edelmira Linares, y Robert Bye. 2020. "Quelites." CONABIO. <https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/alimentos/quelites>.
- Maravilla, Armando, y Macías Arath. 2024. "Una iniciativa para visibilizar lo invisible." *Nativas de las Calles*. <https://nativasdelascalles.com/quienes-somos/>
- Medina García, Paula. 2017. "De la dialéctica utópica a los distópicos límites planetarios: América Latina y la periferialización del impacto ambiental." *Pensamiento propio* 46 (julio-diciembre): 27-64. <https://www.cries.org/wp-content/uploads/2018/01/PP46-final-1.pdf>.
- Mesa Jurado, M. Azhara, Roldán Rueda, Héctor Nicolás, Pérez-Volkow, Lucía et al. 2024. "La cocina más allá de los fogones: diálogos, transformaciones y aprendizajes colectivos desde Cocina Laboratorio." En Hensler, Loni, Hernández Hernández, Carlos Noé, Molina Rosales, Dolores et al (Coord.). *Investigación colaborativa desde la diversidad. Entretejiendo experiencias y reflexiones en la frontera sur de México.* San Cristóbal de las Casas: Ecosur.
- Mignolo, Walter. 2019. "Reconstitución epistémica/estética: la *aesthesis* decolonial una década después." *Calle 14: Revista de investigación en el campo del arte* 14 (25) (enero-junio). <https://doi.org/10.14483/21450706.14132>.
- Mirzoeff, Nicholas. 2006. "On Visuality." *Journal of Visual Culture*. Vol 5(1): 53-79. <https://doi.org/10.1177/1470412906062285>
- Mitchell, W.J.T. 2002. "Showing Seeing: a Critique of Visual Culture." *Journal of Visual Culture* Vol 1(2): 165-181. <https://doi.org/10.1177/147041290200100202>
- Moreno Calles, Ana Isabel, Alejandro Casas, Víctor Manuel Toledo, y Mariana Vallejo Ramos, coords. 2016. *Etnoagroforestería en México.* México: UNAM.
- Moreno Gaytán, Silvia Iveth. 2022. "Entre lo comunitario y la escasez: la práctica de la agricultura urbana en la zona oriente del Valle de México." *Trace* 81 (enero): 24-47. <https://doi.org/10.22134/trace.81.2022.807>.
- Muñoz Villareal, Carlos. 2024. "Sustentabilidad hídrica de la Ciudad de México: un real motivo para planear." En *La planeación en la Ciudad de México. Inconsistencias, problemáticas y alternativas desde el enfoque de los derechos humanos*, 188-203. México: UAM. <https://doi.org/10.24275/uama.5916.10768>.
- Naciones Unidas. 2018. "Las ciudades seguirán creciendo, sobre todo en los países en desarrollo." Departamento de Asuntos Económicos y Sociales. <https://www.un.org/es/desa/2018-world-urbanization-prospects>.
- Nigh, Ronald, y Anabel Ford. 2019. *El jardín forestal maya. Ocho milenios de cultivo sostenible de los bosques tropicales.* México: Fray Bartolomé de las Casas.
- Palermo, Zulma. 2010. "Una violencia invisible: la 'colonialidad del saber'." *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy* 38 (julio): 79-88. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18516804005>.

- Paz, Beatriz y Heyn-Jones, Zoë. 2022. "Ancestral and future foods: in conversation with Dupla Molcajete." *Public Parking* (31 de enero). <https://thisispublicparking.com/posts/ancestral-and-future-foods-in-conversation-with-dupla-molcajete>
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter. 2009. "De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana" *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana* volumen 8, 22: 121-136.
- Pradilla, Nicolás. 2024. "No hay tabula rasa. Pedagogías críticas del lugar." Ponencia presentada en el XLVIII Coloquio Internacional de Historia del Arte. *La imaginación del fin: Futuridades, relatos de exterminio, especulaciones*. Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM. Teatro Xicohténcatl, Tlaxcala de Xicohténcatl, Tlaxcala. 10 de octubre de 2024. <https://www.youtube.com/live/y7fwprQFN2g?si=qSi9R1cJy92dFVpl>
- Quijano, Aníbal. 2022. "Colonialidad y modernidad/racionalidad." *Perú Indígena* 13 (29). <https://www.lavaca.org/wp-content/uploads/2016/04/quijano.pdf>.
- Said, Edward W. 2000. "Invention, Memory, and Place." *Critical Inquiry* 26 (2) (invierno): 175-192. <https://www.jstor.org/stable/1344120>.
- Simmel, Georg. 2013. *Filosofía del paisaje*. Madrid: Casimiro Libros.
- De Sousa Santos, Boaventura. 2009. *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: CLACSO/Siglo XXI.
- Tavares, Paulo. 2022. *En las ruinas del bosque*. México: Taller de Ediciones Económicas.
- Vázquez Duplat, Ana María, comp. 2017. *Extractivismo urbano. Debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo, Fundación Rosa Luxemburgo.
- Vindel, Jaime. 2020. *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis ecosocial*. Barcelona: Arcadia.
- 2023. *Cultura fósil. Arte, cultura y política entre la revolución industrial y el calentamiento global*. Madrid: Akal.
- Walsh, Catherine. 2017. *Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Tomo II. Buenos Aires: Abya Yala.